

*Tanto sol me ha dado
del Niño hermoso,
que hasta el pecho amoroso
tengo abrazado.*

*Todos me han llamado
blanca azucena,
que del sol de mis brazos
estoy morena.*

Todos los grandes convertidos han expresado asimismo en forma poética o en desbordamientos líricos las emociones y gratitudes de su retorno a la verdad, de su encuentro con la Madre del perdón y de la divina gracia, y han hallado una fuente de ternura y de inspiración, de suavidad y alivio para las llagas antiguas en el acogimiento maternal de la Señora.

En todas las literaturas tiene el tema mariano copiosa y clásica representación. Pero en ninguna quizá la tiene más acabada y varia que en la literatura española, desde las formas elementales de la copla y del cantar populares hasta el poema épico y la representación dramática. Es que una sensibilidad como la española —se ha dicho— por fuerza había también de rendir culto ardentísimo a la Virgen. España es la nación mariana por excelencia y por derecho de amor en la tierra de María Santísima. Santos y reyes, artistas y poetas, el pueblo y los doctos han rivalizado en ofrecer a Nuestra Señora las más exquisitas flores de la piedad y del ingenio. La espléndida iconografía ate-

sorada en su honor, la multitud de templos y santuarios erigidos en su nombre, los himnarios y cancioneros, las prácticas devotas, las tradiciones populares, demuestran el fervor caudaloso y persistente hacia la Santa Madre, hacia la dulce Niña, según se complacen en llamarla nuestros clásicos de ayer y nuestros clásicos de hoy. Canta el poeta Rosales con la unción de su verso:

*Inmaculada tú, Virgen María,
cándido huerto, celestial princesa,
mirada por la luz de la promesa,
morena por el sol de la alegría.*

*¿Qué arroyo te ha enseñado la armonía
de tu paso sencillo, qué sorpresa
de vuelo arrepentido y nieve ileso
junta tus manos en el alba fría?*

*¿Qué viento turba el monte y le conmueve?
Canta su gozo el alba desposada,
calma su angustia el mar antiguo y bueno.*

*La Virgen a mirarle no se atreve,
y el vuelo de su voz arrodillada
canta al Señor que llora sobre el heno.*

¡Oh, dulce Virgen María! ¿Cómo en este año jubilar de tus grandezas y de tus gracias incesantes no sentiremos que eres nuestra Madre, nuestra Reina y Señora nuestra, que te complaces en la ofrenda que te hacemos de nuestros corazones y en la consagración de España a tu servicio y a la perpetuidad de tu amor?